

Doctor en Ciencias de la Información. Profesor adjunto de Redacción Periodística en la Universidad de Navarra y autor, entre otros trabajos, del libro *Miguel Delibes, periodista* (en prensa).

## Los temas periodísticos de Miguel Delibes

### 1. "La trascendencia de lo aparentemente trivial"

Delibes advirtió muy pronto que no disponía de una pluma dúctil, capaz de acomodarse sin enojo a cualquier género literario:

"Diríase —escribía en 1954— que si el hombre es un animal de costumbres, el escritor es un animal de rutinas. Sea como quiera, el salto de la novela al artículo, del artículo al cuento, del cuento a la pieza de teatro, implica para el escritor en general un esfuerzo superior al que la gente cree.

Y esto que acontece dentro del limitado mundo de la literatura, se complica aún más cuando el escritor tiene que atender otras facetas que nada tienen que ver con ella". ("La difícil vida del escritor", *Vivir al día*, Barcelona, 1968, página 27).

Hablaba así al hilo de su propia experiencia de Catedrático de la Escuela de Comercio, Subdirector de *El Norte de Castilla*, novelista y padre de familia numerosa. De hecho, sus artículos nacieron con más frecuencia de la necesidad económica que de la afición del autor a este género:

"Ya es sabido —reconocía en el prólogo a su primera recopilación de artículos (1968)— que la efímera literatura de prensa es la más rentable dentro de lo poco rentable que en todo caso resulta la literatura en nuestro país" (*Vivir al día*, página 8).

Aunque el periodismo no fue para Delibes una ocupación pasajera —como en el caso de Leopoldo Alas, Unamuno, Francisco Ayala y tantos otros—, la conjunción de ambos factores —dificultad para cambiar de género y necesidad económica— determina que Delibes escriba menos artículos y más novelas a medida que su situación se torna holgada. Pero un motivo más se une a los ya indicados para explicar su relativamente escasa producción

como colaborador periodístico: Delibes no es capaz de escribir —o al menos, de escribir a gusto— sin un tema sólido entre las manos. Más de una vez ha manifestado su admiración por ciertos articulistas que, como González Ruano o Umbral, son “capaces de sacar algo de nada” (*Un año de mi vida*, página 102). Se le hace trabajoso y arduo repentizar, escribir a cualquier hora de cualquier día sobre cualquier cosa y contra reloj. Tampoco es capaz de escribir por encargo y, de hecho, desatendió casi todos los que le hicieron: “Nunca pude escribir una palabra de encargo, a pie forzado” (*Un año de mi vida*, página 72).

Por otra parte, no resulta difícil comprobar que, como articulista, se siente seguro en algunos pocos temas de los que rara vez se aleja. Se podrían resumir en los siguientes grandes grupos: Castilla y los castellanos, la literatura y —más específicamente— la novela, la naturaleza —en cuyo ámbito se incluirían sus dos deportes preferidos: la caza y la pesca— y el recuerdo de sus amigos. Es notoria la casi total ausencia de asuntos políticos o ideológicos, con la salvedad de las crónicas que envió desde Checoslovaquia (*La Primavera de Praga*, Madrid 1968) para la revista *Triunfo* y, quizá, del artículo “Monarquía y república” (*Madrid*, 16.IV.68), en el que esboza su propio programa político: “Una profunda reforma agraria; una aplicación, incluso en su inevitable proyección político social —Delibes escribe en la España de 1968—, de las instrucciones del Concilio y de las últimas encíclicas; una sindicación y unas Cortes absolutamente representativas; una independencia nacional al margen de las querellas de los dos colosos; un juego de libertades con respeto a la opinión ajena y dentro de un orden público garantizado; una reestructuración de la Enseñanza que, como última manifestación, permita el acceso a la Universidad al que tenga talento, sin mirar la cuna donde ha nacido; una política de nacionalizaciones, no pensando en Pepe, sino en el bien común; una más justa distribución de la riqueza; un sistema impositivo que grave antes y con mayor intensidad al dinero que al trabajo; una meditada descentralización administrativa; un absoluto respeto a las lenguas y culturas que se asientan en el país, etc.”.

Por regla general, Miguel Delibes renuncia, en sus titulares, a los llamados grandes temas: una gran excepción la constituyen, sin embargo, los problemas educativos. Prefiere de ordinario los “pequeños temas”, los asuntos domésticos y, sobre todo, prefiere a los hombres mismos —también cercanos, también cotidianos— como asunto de sus artículos. Porque, como él mismo decía de la novela, “El arte narrativo reside, antes que en la originalidad del tema y su importancia, en el don de ahondar en la trascendencia de lo aparentemente trivial, sirviéndonos para ello de unos personajes humanos y consistentes” (“La universalidad del escritor”, *La censura de prensa y otros ensayos*, Valladolid 1985. El subrayado me pertenece).

Este será su modo de mostrar, también en el periodismo, los grandes temas. Su modo —claramente poético— de trascender lo aparentemente tri-



vial: historias de caza y de pesca, de orfebres castellanos, la anécdota de un viaje, los recuerdos de un amigo que se fue. Sólo a través de lo cotidiano podemos descubrir en Delibes su preocupación por la vida y por la muerte, por el progreso técnico, por la suerte de los más débiles: comenzando por los niños, por los no nacidos incluso, y siguiendo por los campesinos castellanos, hasta alcanzar a todos los hombres.

## 2. Alentar un hombre nuevo

Se ha escrito mucho sobre la obsesión de Miguel Delibes por la muerte —propiciada, además, por su biografía— y por el progreso. Son, desde luego, dos temas centrales en su narrativa novelesca y periodística. Con todo, en sus textos priva un problema más complejo y global: el hombre. Y por ello, la atención que presta al progreso o a la muerte no es mayor de la que presta a la vida misma y al sentido de esa vida. A Delibes no le preocupa el hombre genérico —la humanidad en abstracto—, sino el hombre de nuestros días, el hombre de la sociedad tecnológica, envuelto por un progreso de índole cuantitativa —puro afán de acumular— y privado de “para-qué”, de fines. A Delibes le preocupa ese hombre —el que ve todos los días en las calles del mundo— desarraigado e inerte ante una cultura cientifista que le arrastra y le impone modos y modas. “El sistema de productos técnicos —escribe Alejandro Llano— impone sus propias exigencias, sometidas a parámetros valorativos de índole material y cuantitativa. Los fines cualitativos del hombre mismo parecen carecer de fuerza, si se comparan con la implacable secuencia del progreso técnico. La decisiva cuestión del sentido del hombre, de su desarrollo personal, se torna evanescente si nos atenemos sólo a esas exigencias del entorno técnicamente conformado. En la sociedad tecnológica, el hombre real y concreto se encuentra a la fría intemperie, perdido, desarraigado. Ya no sabe lo que le pasa ni lo que debe querer. Se considera a sí mismo como un módulo funcional de la maquinaria productiva que puede conducirlo a cualquier parte” (*El futuro de la libertad*, Pamplona, 1985, página 94).

Es esa falta de sentido, la honda precariedad vital del hombre de nuestros días, la que provoca en Delibes un cierto vértigo ante el progreso: “Mi sentimiento principal es el miedo”, reza la cita de Horkheimer con la que abre *Parábola de un naufrago*. En esta novela —acaso técnicamente fallida— trata de un modo más explícito e intenso de las difíciles relaciones entre dignidad humana, naturaleza y progreso. Delibes no está en contra de los avances técnicos —él mismo lo ha repetido en muchas ocasiones—, pero sí se opone al progreso desbocado, privado de sentido, que arrastra en su marea tantas vidas.

Comprende que ese progreso cientifista —aunque él nunca lo llame así— se realiza con costes muy elevados que repercuten —contra toda aparien-



cia— en la calidad —no en el “nivel de”— vida. “Porque si la aventura del progreso —diría en su discurso de ingreso en la Real Academia (1975)—, tal como hasta el día la hemos entendido, ha de traducirse inexorablemente, en un aumento de la violencia y la incomunicación; de la autocracia y la desconfianza; de la injusticia y de la prostitución de la Naturaleza; del sentimiento competitivo y del refinamiento de la tortura; de la explotación del hombre por el hombre y la exaltación del dinero, en ese caso, yo gritaría ahora mismo, con el protagonista de una conocida canción americana: “¡Que paren la Tierra, quiero apearme!” (*Un mundo que agoniza*, Barcelona 1979, páginas 165-166).

Delibes presiente que se hace imprescindible una instancia desde la que se pueda juzgar y orientar ese progreso. Un factor corrector para que el hombre, en palabras de Gabriel Marcel, sea capaz de “dominar su propio dominio”. Delibes ofrece una primera solución: “El sentido moral es lo único que se me ocurre oponer, como medida de urgencia, a un progreso cifrado en el constante aumento del nivel de vida” (*Un mundo...*, página 164). Por eso, Delibes pregonará siempre la reforma del hombre, su cambio interior, como paso previo imprescindible para la transformación de los sistemas políticos y sociales: “Los sistemas resultarán ineficaces o crueles —todos— si no alumbramos a un hombre distinto” (*La primavera de Praga*). “Peca de ingenuo todo procedimiento que pretenda estrechar los lazos entre los hombres sin más que modificar las cosas en torno. Sin duda, este puede ser un camino, pero existe otro más corto, cual es el de llegar a las cosas a través del hombre, es decir, transformar al hombre para que, a su tiempo, pueda éste corregir serenamente los errores a que están sujetas las cosas que de él dependen (...) No son los problemas los que engendran la mala voluntad de los hombres, sino que son los hombres de mala voluntad quienes engendran los problemas. A mi entender, lo sustancial es, pues, enmendar al hombre en la convicción de que lo demás se nos dará por añadidura” (“Una historia común”, *Vivir al día*, página 95).

Un decenio más tarde concretaría en el diario *Madrid* las reflexiones anteriores: “De ahí que yo no conciba otra manera de organizar la Humanidad que sobre la máxima “amaos los unos a los otros”. Se aducirá que veinte siglos de cristianismo no han bastado para borrar —ni para disimular siquiera— la cohorte de injusticias, vejaciones, hipocresías y crímenes que acompaña el paso del hombre sobre la Tierra, mas a esto puede responderse que tal inoperancia no es achacable al cristianismo, sino a los cristianos (...) Desmontar unas estructuras injustas y aproximar fraternalmente el hombre al hombre constituye para el cristiano de nuestros días todo un sugestivo programa” (“El hombre-lobo del maquinismo”, *Madrid*, 11.IV.68, página 3).

El amor es el único antídoto posible contra esa “marea de desamor” que Delibes ve crecer por días en el mundo. Un amor amenazado por muchos frentes. En primer lugar, por el sistema consumista que impone el progreso





sin otros fines que el mismo progreso. Delibes intuye que la búsqueda inmoderada —como fines en sí mismos— de los bienes materiales conduce al hombre a una quiebra íntima. Se vierte al exterior y deja, prendido en cada artículo de consumo, en el dinero, trozos de su propio ser. Un hombre así es un hombre roto, incapaz de amar porque ni se posee a sí mismo —y por tanto, no puede darse— ni debe fidelidad a algo o alguien: una presa fácil para las modas comerciales o culturales: “Con estas cosas de los modos y las modas es muy difícil saber a qué atenerse, puesto que el ser humano, empujado por el prurito de la originalidad, no hace otra cosa que los pollinos, esto es, dar vueltas a una noria, sacando agua de distintos cangilones, aunque hay un momento en que la rueda se termina y los cangilones indefectiblemente se repiten. Quiero decir con esto que la humanidad es una pescadilla que se muerde la cola” (“Sobre el vicio de fumar”, *El otro fútbol*, páginas 73-74).

Es la vuelta al ciclo, a la vida sin sentido fuera de sí misma, sin un fin exterior, trascendente. Para ese hombre, los demás serán meros instrumentos de ambición o de placer, como lo es él para sí mismo. Entonces, el dolor se torna incomprensible y absurdo y, como consecuencia, carece de sentido cualquier sacrificio. Otro de los grandes peligros que se ciernen sobre el amor consiste en reducirlo al sexo. Delibes ha sabido detectar ambas amenazas, como se deduce de estos dos ejemplos tomados de sus crónicas desde Estados Unidos: “Este aumento considerable de los divorcios, con toda su cohorte de niños sin padres y de mal ejemplo, responde, principalmente a unos principios ya señalados antes de ahora. El progreso general, la creciente prosperidad del país, la mecanización vertiginosa, la eliminación de las más insignificantes molestias (...) ha originado una situación, digamos de beatitud material, de molicie, que, a la larga, termina por debilitar al pueblo que la padece o, si se prefiere, que la disfruta. Los americanos, a estos efectos, son un poco como los niños mimados. El niño mimado es cada día más reactivo al dolor, a cualquier contrariedad (...) Este estado de holgura, este hábitamiento a que el Estado o el Municipio nos resuelvan a satisfacción no pocos problemas y, al propio tiempo, el desahogo económico en que se mueve la inmensa mayoría del país, comportan un enervamiento de las reservas morales que se traduce en una resistencia cada vez más acentuada no ya a encajar la adversidad, sino, sencillamente, al más pequeño revés (...) Es el resultado que cabía esperar de esas posiciones filosóficas novísimas —divulgadas por sociólogos, psiquiatras y pedagogos— de que la resignación, la resistencia a toda inclinación o deseo, es, en el mejor de los casos una necesidad” (“USA y yo”, *Obras completas*, páginas 382-384).

La versión positiva de la misma idea, la personifica Delibes en la figura de la abuela española, por contraste con la americana: “El americano añora la abuela española en su fase útil, es decir, esa abuela que oscila entre los cincuenta y los setenta años y para la que no hay mejor esparcimiento que el pasar la tarde con los nietos. Una abuela en esta disposición resolvería, no cabe

duda, multitud de problemas en los hogares americanos. Pero este tipo de abuelas no se improvisa. Es el resultado de un proceso paulatino y, en última instancia, la consecuencia lógica de un viejo concepto familiar (...) Para formar una abuela española se requiere mucho tiempo. La abuela española empieza a hacerse, afinando un poco, en las entrañas de la bisabuela; aspiro a decir que estas abuelas empiezan a ser así desde antes de nacer, porque la estructura social y humana de la sociedad española (el artículo data de 1965) está dispuesta sobre unas viejas normas inmutables de solidaridad y convivencia. La abuela, antes de serlo, vivirá para sí, se enamorará, se casará, educará a sus hijos, pero en el momento en que estos empiecen a desdoblarse, la abuela española regresa, deja de vivir su vida, de fabricar historia; su vida, su historia se funde con la de sus hijos y la de sus nietos. Para ella —hablo en general— apenas hay ya otros horizontes. La abuela empieza, pues, a vivir en función de sus hijos y sus nietos; se rodea de ellos en las solemnidades familiares o un día a la semana. Y cuando ellos no van a casa, la abuela acude a la de ellos. Toma las riendas del nuevo hogar cuando sus hijos se ausentan. En una palabra, revive su historia, no como protagonista, sino desde un segundo plano, que ella acepta de buen grado. Por otro lado, no considera esas obligaciones como un sacrificio, sino como un don, como una justificación de sus años maduros. De este modo, su vida no está vacía; el hueco de sus hijos lo llenan ahora los nietos. Y cuando ella se sienta no digamos abuela sino vieja, vieja literalmente hablando, la soledad tampoco hará presa en ella; a esas alturas, su persona se ha hecho imprescindible, ha llegado el momento de pasar la factura, factura que los hijos y los nietos pagarán sin pestañear, sin considerarla una carga, porque el cariño jamás se toma en las familias-piña como un deber (“USA y yo”, *Obras completas*, página 388).

Con frecuencia suele escribir y decir que “el progreso debe avanzar embriado por la biología”.<sup>3</sup> El problema —y esto Delibes no lo advierte— se desplaza en este caso, pero no se resuelve, porque ¿qué o quien embriada a la Biología? Al cabo, ésta es otra técnica, y capaz de desmandarse tanto o más que cualquiera, como la historia va poniendo de manifiesto, hasta el punto de hacer verosímil la terrible utopía de Huxley.

### 3. La búsqueda del origen, búsqueda del sentido

La verdad es que Delibes acierta en el diagnóstico e intuye las soluciones y, con frecuencia, sabe narrarlas por medio de sus personajes. Pero, por veces, le resulta difícil concretar la terapia ¿Cuál es, cuál debe ser la fundamen-

<sup>3</sup> Es obvio que con esta frase Delibes quiere decir que el progreso debe estar regido por un principio de respeto a la naturaleza. Pero también es obvio que, aun así, ese respeto será siempre precario si no se fundamenta en una instancia que trascienda ambos términos: hombre y naturaleza.



tación de ese amor que predica? De ahí, sin duda, su proverbial pesimismo que, entre otras manifestaciones, parece que le dificulta finalizar de un modo esperanzado sus novelas. Y de ahí también que, a falta de fondeadero más seguro y abrigado, opte por el retorno al origen. Este es uno de los grandes temas —quizá insuficientemente subrayado hasta ahora— de su obra periodística y novelística. Una búsqueda, casi una investigación del origen que le permite afrontar el futuro incierto de un mundo enloquecido por un progreso que no sabe corregir. Es una reacción lógica al fin y al cabo: volver a las raíces cuando las ramas se han perdido entre otras ramas de otros árboles y, acaso, de otros bosques, en una lucha estéril por la luz. “La única salida para el tímido es la naturaleza”, le dicen a Jacinto San José, protagonista de *Parábola...* Por eso, por seguridad, Delibes se vuelve hacia lo originario, hacia lo que algún día estuvo dotado de sentido para el hombre. Se vuelve hacia aquello, en definitiva, aún no mixtificado, todavía singular y alejado de cualquier contaminación técnica que lo torne impersonal, estandarizado y extraño al núcleo vital del hombre. Es la vuelta al origen que, como señala MacIntyre, aparece como definidor de identidades y generador de sentido: “El individuo se identifica a sí mismo y es identificado por los demás a través de su pertenencia a una multiplicidad de grupos sociales. Soy hermano, primo, nieto, miembro de tal familia, pueblo, tribu. No son características que pertenezcan a los seres humanos accidentalmente, ni de las que deban despojarse para descubrir el “yo real”. Son parte de mi substancia, definen parcial y en ocasiones completamente mis obligaciones y deberes. Los individuos heredan un lugar concreto dentro de un conjunto interconectado de relaciones sociales; a falta de ese lugar, no son nadie (...) Conocerse como persona social no es, sin embargo, ocupar una posición fija y estática. Es encontrarse situado en cierto punto de un viaje con estaciones prefijadas; moverse en la vida es avanzar —o no conseguir avanzar— hacia un fin dado. Así, una vida determinada y plena es un logro y la muerte el punto en que cada uno puede ser juzgado feliz o infeliz” (*Tras la virtud*, Barcelona, 1987, páginas 52-53).

Este es el término de la búsqueda de Delibes: retornar al origen, para reencontrar el sentido. El retorno al origen significa, como muy bien ha puesto de manifiesto Vintila Horia, el retorno al amor y a una vida en la que la muerte no es un mero desagüe:<sup>4</sup> mediante “la posibilidad metafísica de amar —dice Vintila— de situarse por encima de los instintos zoológicos de la masa, que son el miedo a la muerte y la confusión aniquiladora entre amor y sexo (...) el hombre (...) vuelve a las raíces de su origen metafísico” (“La sombra del mal en Ernst Junger y Miguel Delibes”, *Estudios sobre Miguel Delibes*, Madrid, 1982, página 55).

<sup>4</sup> Así explicó alguna vez Delibes el sentido de la muerte: “El hombre muere cuando el proceso paulatino de despegue e incompreensión hacia los hombres, las cosas y los hechos que nos rodean alcanza el tope, de modo que uno llega a sentirse extranjero en su propio pueblo. Llegado este extremo, el hombre intuye que aquí sobra, coge y se va” (*Un año de mi vida*, página 141).



Pero ese camino de regreso no es fácil. Delibes busca el atajo en lo cotidiano, lo más cercano a sí: su familia, su tierra, sus amigos, sus gentes, en aquellos ámbitos primarios en los que el amor es una planta espontánea, aunque necesite de muchos cuidados. Así, para Delibes, equilibrio es sinónimo de Angeles de Castro, su mujer, fallecida en 1974: "Pese a los atentados diarios que veo contra ella, creo en la familia, creo en los hijos y creo en los padres que ya desaparecieron. Considero que es una forma no ya cristiana, sino lógica de conformar la sociedad" (ABC, 19.XI.83, página 56). Vida, para Delibes, es sinónimo de Valladolid, la ciudad natal que nunca abandonó y que, a la vuelta de casi setenta años, sigue siendo su hogar: "Yo soy como los árboles —dijo alguna vez— crezco donde me plantan".

Este *leit motiv* se manifiesta con mayor o menor intensidad, en un grado o en otro, en todos los campos temáticos enumerados más arriba. Delibes arremete siempre contra la corrupción de lo originario. Así, en novela, se muestra contradictor de las tendencias que —como el *nouveau roman* francés— despojan a este género de sus elementos esenciales originarios: la propia narración de una historia con sentido a través de unos personajes.<sup>5</sup> Cuando escribe de caza o de pesca, se enfrenta con los procedimientos, casi siempre técnicos, que desvirtúan el carácter originario del lance deportivo —"hombre libre, sobre terreno libre, contra animal libre"— y la misma integridad de la naturaleza: las escopetas repetidoras, la caza con reclamo o desde vehículos, el uso de dinamita o de redes prohibidas que exterminan la pesca, por ejemplo.<sup>6</sup> Al tratar de fútbol, toma partido adverso a las técnicas —otra vez— que hurtan la genuinidad del juego —el obstruccionismo y el cerrojo, por ejemplo— y al ambiente gregario y soez de los estadios.<sup>7</sup>

Mucho preocupa a Delibes ese gregarismo del hombre que habita en las "ciudades impersonales" —es el título de un artículo recogido en *Vivir al día*, página 54— y uniformadoras, hombres con gustos y necesidades impuestas:

"Hay, ciertamente, una resistencia obstinada, por mi parte, al gregarismo. No creo necesario, antes bien lo considero perturbador, que todos lleguemos un día a hacer lo mismo y de la misma manera. Si algo especialmente me encocora de esta nefanda sociedad de consumo que hemos montado, es la supresión de matices que su establecimiento comporta: la grosería con que se pretende desbancar toda sutileza, la uniformidad social" ("Sobre el vicio de fumar", *El otro fútbol*, página 76). "Si (Stuart) Mill temía la uniformidad ha-

<sup>5</sup> Cfr., por ejemplo, "La novela abstracta", *Vivir al día*, página 193; "Novela del siglo XX", *El Norte de Castilla*, 16.II.63, página 10; "Revolución narrativa", *ABC*, 18.II.81, página 3.

<sup>6</sup> Basten como ejemplo los artículos que publicó en *El Noticiero Universal*, recogidos luego en *Con la escopeta al hombro*, Barcelona, 1970.

<sup>7</sup> Algunos ejemplos de entre muchos son: "El cerrojo", *El Norte de Castilla*, 15.I.63, página 12, o cualquiera de los que escribió en torno al Campeonato Mundial de selecciones nacionales de fútbol celebrado en España en 1982. Estos artículos cobraron vida editorial independiente en el volumen *El otro fútbol*, Barcelona, 1982.



ce siglo y pico —“ahora que todos leen, oyen y ven las mismas cosas”— ¡Qué diría hoy, tras la invención del cine, el turismo multitudinario, y la tv como único alimento espiritual de centenares de millones de seres?” (*Un año de mi vida*, página 128. La cita de S. Mill corresponde al ensayo *Sobre la libertad*).

Por eso, sin considerar ninguna de esas invenciones perversa en sí, Delibes recomienda y vive la sobriedad: “No tengo en casa el invento —escribía en 1970 refiriéndose al televisor. No me parece sano para los chicos, aunque ahora salen algunos psiquiatras con que el carecer de televisión crea niños desplazados. Yo pienso que para soslayar el consumismo, nada como evitar los condicionantes” (*Un año de mi vida*, páginas 590-60).

Sin embargo, y permítase la insistencia, ensalza de continuo lo genuino, lo personal, lo originario frente a lo pretendidamente original. Por eso Delibes, en busca de ese enraizamiento generador de sentido, ha predicado con su vida, con sus novelas y con sus artículos la virtud de la fidelidad: “Una de mis pocas virtudes es la fidelidad, y esta fidelidad se manifiesta lo mismo en la amistad que en el tabaco” (“Sobre el vicio...”, *El otro fútbol*, página 74) y en sus temas, podríamos añadir. A falta de otras soluciones, intuye que el hombre puede recuperar su sentido —esa luz perdida o trastocada por un progreso indefinido o sin fines— allegándose al origen: a su familia, su tierra, sus amigos, sus gentes y sus cosas. Unas cosas conocidas por su nombre, que sirven para algo y que “Si están allí, como todo lo creado por Dios, es para alguna cosa” (“USA y yo”, en *Obras Completas*, página 444). Cosas comprendidas y asimiladas que generan, no simples conocimientos, sino saberes.<sup>8</sup> Aquí se apoya su preferencia, bien marcada, por los personajes rurales, compenetrados con su mundo, y que han sido y son los tipos más logrados de sus novelas y de muchos de sus artículos: “Porque es en los pueblos donde nacen las cosas y las costumbres, y cada pueblo tiene una cara, y no como las ciudades que todas se semejan porque todas, incluso las más pequeñas, aspiran a parecerse a Nueva York” (“Un nuevo escritor”, *Vivir al día*, página 99).

#### 4. Artículos narrados: diálogos y personajes

Delibes difícilmente podría expresar una temática tan compleja como la descrita en términos de puro decir: esto es, mediante la simple enunciación enfundada en textos fríos, asépticos, puramente asertivos. Supondría quizá una incoherencia entre contenido y forma o incluso un imposible. Porque, en el fondo, parece que la sensibilidad de Delibes ha captado el problema en toda su hondura, pero no ha organizado sus diversos elementos. Es capaz de

<sup>8</sup> Resulta de interés a este respecto el artículo de Florencio Segura, “La contracultura de Miguel Delibes”, *Razón y Fe*. IX-X de 1983, páginas 130-146.

mostrarlo, pero no de decirlo: "No. Yo no soy un intelectual. Los intelectuales manejan ideas. Yo manejo hechos, realidades, personajes, historias" (*La Actualidad Española*, 8.II.73).

Por otra parte, Delibes es novelista y, como tal, dueño de unos recursos expresivos que le facilitan otra voz —acaso mucho más poderosa y eficaz— con la que eludir el puro razonamiento discursivo, la sola argumentación, y volverse hacia la narración. Por ello, se pueden señalar vacilaciones, dificultades para inferir y planteamientos retóricos precarios en aquellos artículos en los que no recurre a esa otra voz. Pero no son estas las características formales de la gran mayoría de sus textos periodísticos. Al contrario, lo primero que se destaca es la implícita —o explícita muchas veces— configuración del artículo como un diálogo con el lector. Sus líneas aparecen plagadas de interpelaciones, de preguntas, de guiños. Más aún, las mismas palabras son llanas, claras, con frecuencia coloquiales, con una querencia nunca inhibida hacia los dichos, juegos de palabras, giros y refranes que la sabiduría popular ha ido llenando de sentido.

Son numerosos los artículos que recogen diálogos del autor con una tercera persona o de terceras personas entre sí. Algunos se acercan mucho a lo que solemos entender por relato corto. Un modo de escribir para los periódicos que, a mediados de los años sesenta, difundiría el *New Journalism* norteamericano. Pero, para entonces, Delibes ya había narrado, por ejemplo, la concesión del Premio Nadal a José Luis Martín Descalzo en el más vivo estilo novelesco. Basten como ejemplo los siguientes párrafos:

"Decidimos despertar al hermano del concursante, el abogado don Antonio Martín Descalzo. Aquí el teléfono apenas dio dos timbrazos. Se entabló un diálogo cortado, casi eléctrico

—¿Qué pasa?

—José Luis... Va lanzado hacia el Premio.

—Yo también estoy a la escucha ¿Cómo lo ves?

—De primera ¿Se le podría avisar?

—Hace unos días le pusieron teléfono; el 6737.

—Gracias.

A poco, Radio Nacional de Barcelona (...). Acrecieron los nervios. La expectación en torno al receptor era solemne, maciza. Al cabo, sobre la voz un poco fatigada del locutor, vibró el timbre del teléfono. Sentí una sacudida. Se puso mi mujer:

—Conferencia de Barcelona —dijo— ¡Esto es que se lo han dado!

Tomé el auricular:

—Valladolid, sí. ¿Quién llama?

—Vergés.

—¿Salió Martín Descalzo, al fin?

—Sí, acabamos de votarle. ¿Dónde puedo localizar a este hombre?

—Llama al 6737 —dije—. ¡Adiós!





Colgué apresuradamente. (...) En un claro conseguí línea. Se puso el propio padre Martín Descalzo.

—Quiero ser el primero en darte un abrazo -le dije.

Se le quebró la voz.

—¿Qué ocurre?

—He hablado con Barcelona. ¡Eres Premio Nadal!

Le oí comunicar a sus padres la noticia:

—¡Me lo han dado! ¡Me lo han dado!

Luego no pude hablar más (...) La radio, al fin, dijo:

—1956 ya tiene "Nadal", el padre José Luis Martín, cuya novela... (*Vivir al día*, páginas 62-65)

Una última pero decisiva cualidad de sus artículos merece aún ser destacada: los personajes. Son cientos los que transitan por las obras periodísticas de Miguel Delibes. Configuran una galería tan vasta y variada como la de sus personajes de ficción. En ella, junto a una mayoría de vidas corrientes, cercanas y familiares al novelista, se muestran también algunos retratos ilustres, no muchos. Pero también éstos pertenecen al ámbito originario de Delibes o le sirven para evocarlo. Este es su modo de buscar el origen: a través de personajes. Piénsese, por ejemplo, en las diversas entregas periodísticas de su libro *Castilla habla* (Barcelona, 1986). Casi no es preciso añadir aquí que esta serie, difundida por *Efe* entre 1985 y 1986 con el título "La vuelta a *mi mundo* en 80 folios" (el subrayado es mío) configura la penúltima búsqueda de las propias raíces protagonizada hasta hoy por Delibes. Parece como si con estos artículos —y con tantos otros— hubiera querido levantar acta notarial de unos hombres arraigados en su mundo y dueños de su identidad, pero en trance de extinción.

Con algunos ejemplos, se podrán comprobar dos primeras condiciones de los personajes periodísticos de Miguel Delibes: siempre están caracterizados positivamente —es decir, tienen carácter ejemplar— y las virtudes que les atribuye son con frecuencia las mismas, a pesar de la distancia temporal que separa unos artículos de otros:

"Buenos cuadros, buenos libros, amigos inteligentes acotaban su mundo —se refiere a Alejandro Fernández Araoz, que había sido Consejero de *El Norte de Castilla*— un mundo que a ese nivel, se descompone día a día en la frivolidad, y que el acertó a preservar porque por encima de las incitaciones del consumo y de la tosca tentación de la materia, colocó su fe y su cabeza pensante" ("Alejandro F. Araoz, el amigo", *El otro fútbol*, páginas 65-66). "Sincero —dice de Enrique Gavilán, un amigo de la infancia— y escrupulosamente fiel a su conciencia (...) La pasión de Enrique por el arte era sólo comparable a su desinterés por el dinero (...) Fue el perfecto anticonsumista, calificativo que, en esta torpe sociedad materialista que nos envuelve, supone el mayor elogio" ("Adiós a un amigo", *El otro fútbol*, páginas 93-98). "Un hombre puede vivir del trozo de tierra que ha de cubrir sus huesos. Isaac

Peña vivía, en efecto, frugalmente (...) tuvo el valor de romper con todo para retirarse al rincón que apetecía. Cada hombre en el mundo necesita un rincón —uno sólo— como necesita una mujer, pero son contados los que se deciden a cortar de raíz para seguir su impulso" ("Sedano sin Isaac Peña", *Vivir al día*, páginas 121-125). "Mariano de Cossío era un auténtico campeón de la modestia (...) estaba en Canarias sólidamente enraizado (...) anteponía su independencia a todo (...) era el antiarribista, el antimundano (...) el dinero, la llamada de París, jamás le desazonaron" ("Ha muerto Mariano de Cossío", *Vivir al día*, páginas 103-106). "Biografías como la (...) de Albert Schweitzer deberían constituir lectura obligatoria en las escuelas del mundo, particularmente en esta hora en que todos nos esforzamos por ser más ricos, pero muy pocos por ser mejores (...) Pese a su valía, solicita siempre el puesto más incómodo (...) predica con el ejemplo (...) detesta la violencia (...) Su fecunda vida constituye una prueba palpable de las posibilidades de un individuo cuando son alentadas por un ideal (...) Es una lección de modestia" ("Un viajero de tercera". *Vivir al día*, páginas 36-38). "Don Paco Antón (...) era uno de los amigos más sinceros que haya tenido nunca. Gran escritor y experto en arte, siempre andaba dispuesto a ayudar a todo el que recurriera a él. Antón armonizaba la inteligencia con la modestia (...) viajero de primera, nunca intentó salir de tercera" (*Un año de mi vida*, páginas 111-112).

Salta a la vista la repetición de palabras como sinceridad, fidelidad y modestia; las referencias al carácter anticonsumista de sus personajes, a su sensibilidad y al sentido de la solidaridad humana que les caracterizó. Pero, sobre todo, se hace patente una de las constantes de la obra delibesiana: la prioridad de lo cualitativo a lo cuantitativo: "ser mejores" importa más que "ser más ricos".

Aunque los personajes periodísticos de Delibes se definen por sus virtudes, no se puede decir lo mismo de sus personajes de ficción. En ellos, Delibes se ceba hasta el escarnio: él, que nunca dejó mal parada a ninguna persona de carne y hueso en sus artículos o en sus críticas cinematográficas o literarias, no siente piedad por sus personajes novelescos. A lo sumo, los cubre con un velo de ternura. Sin duda, con la intención de que los personajes de carne y hueso escarmienten en cabeza ajena de ficción, como me comentó alguna vez. Basta con recordar algunos de sus personajes urbanos solitarios y desarraigados: el Cecilio Rubes de *Mi idolátrado hijo Sisí*, el don Eloy de *La hoja roja*, la Menchu de *Cinco horas con Mario* o el Eugenio Sanz de las *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*. Por el contrario, de sus personajes periodísticos se podrían decir aquellos versos de Stifter: "Puro es Hermann, yo le conozco desde la juventud y ya como muchacho no tendía la mano a esto o a aquello. Lo que él deseó estaba apropiado para él. Así perseveró también" (*apud* B. von Gebattel, *La comprensión del hombre desde una perspectiva cristiana*, Madrid 1964. Para la cita, página 205).

Aún cabe reseñar una última característica distintiva de los personajes pe-





riodísticos de Miguel Delibes. Y en esto, sí que se parecen a los de sus novelas: son personajes que se explican por sí mismos. Es decir, Delibes les deja hablar en los artículos que versan precisamente sobre ellos. Son, como el Lorenzo de los dos diarios, como la Carmen de *Cinco horas* o como el sexagenario, personajes que se explican a sí mismos explicándose, esto es, mientras hablan. Veáanse a modo de ejemplo, los siguientes casos. En el primero, un sentido artículo sobre José Vidal Cadellans, malogrado escritor catalán que había ganado el Nadal con su novela *No era de los nuestros* utiliza para cumplir con este recurso, acotaciones tomadas de la correspondencia entre ambos escritores: “Tras sus desengaños — “me repongo de una simpática enfermedad de pulmón que me ha acompañado fielmente diecisiete años...” “He conocido de cerca eso tan desagradable que llamamos pobreza...” “Cuando tenía catorce años tan sólo murió mi padre...” —, tras sus desengaños, digo, José Vidal llegó a tres importantes conclusiones. Primera: “Lo interesante es el hombre, el Juan de la calle, el hombre tal como es...” Segunda: “Creo que la gente se entiende hablando, pero que es preciso aprender a hablar y a entenderse... y por ello nuestra responsabilidad de escritores es muy crecida...” Y, tercera: “Quizá vale la pena que los hombres de buena voluntad se den la mano y se conozcan y reafirmen su fe en ellos mismos, esas llamas vacilantes en medio de la tempestad...” (“Sí era de los nuestros”, *Vivir al día*, página 108).

Tal es el caso de todos los interlocutores de Delibes en su serie “La vuelta a mi mundo en 80 folios”. Tras una breve introducción, deja que su personaje se explique: “Miguel, el “hippy”, vacila a la hora de franquearse. Luego, adquirida una cierta temperatura, llega incluso a ser locuaz:

—Mire, yo en la ciudad no pintaba nada, ¿no? Y no era problema de colocación; es que allí no me hallaba, la verdad, no podía adaptarme al sistema que allí rige. Yo he conocido las ciudades ya muy quemadas. Han ido creciendo, creciendo y ha llegado un momento en que *nadie sabe lo que es aquello, ni para qué están, ni para qué sirven...* (el subrayado me pertenece). Porque hace cien años, igual una ciudad era un sitio acogedor para vivir, pero hoy en día, desde luego, no (...) ¿Mi vida? Mire, yo no uso reloj, pero no faltan quehaceres. Tengo cuarenta cabras que me dan queso, yogur y leche, trabajo en el campo, crío gallinas, patos y conejos, ¿qué más quiere? Con eso nos abastecemos ¿no?” (“¿Tentativas de repoblación?”, *Castilla habla*,).

Los textos periodísticos de Miguel Delibes se debaten entre los siguientes esquemas dilemáticos, susceptibles acaso de una gradación más rigurosa: saberes frente a conocimientos, cultura frente a ciencia, calidad frente a cantidad, convicciones frente a convenciones, persona frente a masa, responsabilidad frente a gregarismo, originario frente a mixtificado, singularidad frente a uniformidad, individuo frente a organización, realidad frente a apariencia, naturaleza frente a técnica. Con frecuencia, subsume todas esas antinomias —aparentes o reales— en una: naturaleza frente a progreso. Y en medio, De-





JOSE FRANCISCO SANCHEZ

libes busca el equilibrio —palabra que le es tan querida desde su juventud— o mejor, como diría Thibon, la armonía. En definitiva, La lucha literaria de Miguel Delibes —como al cabo la de todo verdadero poeta— es una lucha por el sentido, es decir, por la felicidad.